

No dudamos ni por un momento de la verdad del *hecho*, puesto que autores tan graves y de tal autoridad lo consignan y confirman: pero el *milagro* ni lo negamos, porque donde entra la misericordia de Dios lo creemos todo muy posible, ni lo afirmamos tampoco, porque lo sobrenatural es y ha sido en todas las épocas muy rara cosa y confúndesele á menudo por la gente piadosa y de sencilla buena fe, con fenómenos naturales pero desconocidos ó semiocultos en las sombras del misterio...

Mas si alguno, sea creyente, sea excéptico, sonriese maliciosamente al leer estas líneas, recordando las grandes flaquezas juveniles del Cardenal, le diremos severamente:—Cierto que el Cardenal no pudo presentarse á Dios con la blanca estola de la inocencia; mas presentóse seguramente vistiendo el sayal de la penitencia sembrado de lágrimas, y este obscuro sayal tórna-se blanco como la nieve al lavarse con la *sangre del Cordero*...

Será quizá parcialidad de parte interesada; pero más grande nos parece Dios y más nos consuela perdonando á Dimas que coronando á Luis Gonzaga...



## VII

TENÍA el rey D. Fernando tal prisa y tal afán por lograr aquellas sus miras que había formado sobre la Mitra de Toledo, que ni esperó siquiera á la muerte del Cardenal para exponerlas á la Reina, de quien todo exclusivamente dependía.

En las capitulaciones matrimoniales firmadas en Cervera, reservábase la reina D.<sup>a</sup> Isabel la provisión de todas las iglesias de su reino comprendiendo la responsabilidad y trascendencia que trae para la Iglesia de Dios y para los fieles mismos el nombramiento de Obispos dignos ó indignos, y resultando de esto el largo catálogo de varones eminentes en virtud, saber y prudencia, que, nombrados por Isabel, ocuparon las sillas episcopales de Castilla.

No sucedía lo mismo en Aragón, donde hubo Mitra en que se sucedían los hijos

naturales de los Reyes, dignos ó indignos, cual si fuesen un mayorazgo de bastardos reales.

Al día siguiente, pues, de su vuelta de Guadalajara, y tres ó cuatro antes de la muerte del Cardenal, el Rey descubrió francamente á la Reina sus deseos con respecto á la Mitra de Toledo, temeroso de que hubiesen hecho mella en el ánimo de ésta los prudentes consejos de su amigo moribundo: reducíanse aquéllos á que fuese nombrado Arzobispo de Toledo su hijo bastardo D. Alonso de Aragón, mozo de unos veinte años, que lo era ya de Zaragoza.

Imposible es comprender hoy, sin ponerse en absoluto en aquélla época, cómo un hombre de la privilegiada inteligencia del Rey Católico, y que por otra parte amaba y respetaba tan en alto grado á la Reina, osó hacer proposición tan vergonzosa á la madre de sus legítimos hijos; y cómo aquella santa y casta mujer, tan enamorada de su marido y tan celosa por naturaleza, no rechazó indignada la propuesta, limitándose á negarla terminantemente, con el pretexto de que era D. Alonso de Aragón harto mozo y vivía en Zaragoza vida de Príncipe más bien que de Prelado...

Mucho se ha discutido sobre á cuál de estos dos Reales cónyuges correspondía la superioridad; todos están conformes en que la superioridad moral era de D.<sup>a</sup> Isabel, pero muchos atribuyen la intelectual y política á D. Fernando.

Esto no es exacto, á nuestro pobre juicio: si alguna superioridad política hubo en D. Fernando, fué sencillamente que, educado en las nada severas máximas de su padre D. Juan II y su madre D.<sup>a</sup> Juana Enríquez, era *poco escrupuloso*, y D.<sup>a</sup> Isabel, por el contrario, éralo mucho, no reconociendo otras inspiraciones que las de su pura y recta conciencia. La política de ambos Reyes estaba basada ciertamente en aquélla máxima: *Rem, si poteris recte* (si puedes, rectamente), mas D.<sup>a</sup> Isabel deteníase aquí, y D. Fernando admitía también el camino torcido de la segunda parte de la máxima: *Et si non poteris recte, etiam rem* (y si no puedes rectamente, hazlo también).

Negó la Reina, como ya dijimos, su pretensión á D. Fernando, y aunque no le descubrió entonces sus intenciones de nombrar á Fray Francisco, adivinólas él, y guardó á éste desde aquel momento un oculto é injusto resentimiento, que salió á

flote más de una vez en su vida, á pesar de ser el primero en hacer justicia al saber, á la virtud y á la lealtad del Provincial de los franciscanos.

Llegó, por fin, á los Reyes la noticia de la muerte del gran cardenal Mendoza, y activa y previsora siempre la Reina, comenzó á gestionar al punto todo lo necesario para darle por sucesor á Fray Francisco. Mas quiso antes, lo primero, saber la opinión de éste sobre dicho nombramiento y llamóle á palacio con pretexto de consultarle sobre negocio de tamaña trascendencia.

Preguntóle sencillamente que á quién nombraría él para la Mitra de Toledo; y como el bendito Padre no sospechaba ni remotamente que pudiera su humilde persona ser elegida, contestó sin vacilar y con grande ahinco que él nombraría al arzobispo de Sevilla, D. Diego Hurtado de Mendoza, tanto por sus méritos personales, como porque á él hubiera nombrado el Gran Cardenal, su tío, cuyo voto debía tenerse en cuenta aun después de muerto, por ser de tan señalada persona.

Sonrióse involuntariamente la Reina, oyendo á Fray Francisco alegar los mismos

argumentos que ella pensaba hacerle para vencer la resistencia que esperaba por parte del franciscano cuando supiese que el elegido era él, y objetóle entonces contra el Arzobispo de Sevilla las mismas razones que encerraba en general el último consejo de Mendoza.

Parecieronle de peso á Fray Francisco, aun sin conocer su procedencia, y propuso entonces otros dos candidatos que encajaban por completo en el molde trazado á la Reina por el mismo Cardenal: el venerable P. Fray Juan de la Puebla, religioso franciscano, y el viejo jurisconsulto Oropesa, que había sido del Consejo Supremo y vivía entonces en la más austera soledad.

Informóse detenidamente la Reina de las cualidades de ambos sujetos, y sin que al parecer se decidiese por ninguno, despidió al fin á Fray Francisco, hablándole antes de otros asuntos diversos.

Mas aquella misma noche despachó para Roma al licenciado Diego de Bonilla, con cartas muy apremiantes para el embajador Garcilaso de la Vega, encargándole que, con el mayor secreto y la premura posible, negociase con Su Santidad el Papa Alejandro VI las Bulas del Arzobispado de Tole-

do para su confesor Fray Francisco Ximénez de Cisneros.

Salió Bonilla para Roma á principios de la Cuaresma de 1495, y tal prisa se dieron el correo, el Embajador y el mismo Papa, que el Jueves Santo por la noche quedaron las Bulas en manos de la Reina.

Habíase confesado ésta el mismo día por la mañana, y despedídose de ella Fray Francisco para volverse el Viernes á primera hora á su convento de Ocaña; mandó, por lo tanto, Fray Francisco á su compañero el P. Ruiz, preparar unas hierbas cocidas para tomarlas antes de ponerse en camino, y en el momento de ir á comerlas, presentóse en el convento un mensajero de la Reina con orden de que Fray Francisco fuese sin demora á Palacio.

Creyó éste que sería para cosa breve y de poca monta, y sin detenerse á tomar su parca comida, siguió al punto al mensajero.

Encontró á la Reina vestida ya de gala, con negros terciopelos y joyas muy ricas, para asistir con toda su Corte á la ceremonia de la adoración de la Santa Cruz; estaba, sin embargo, descalza, porque en esta forma se acercaba á adorar el Santo Leño y

andaba todo aquel día, como en penitencia, de la misma manera.

Gustaba mucho la Reina de presentarse en estos actos rodeada de aparato y magnificencia, para humillar, según decía, su boato de Reina de la tierra en presencia del Rey del cielo, á la manera que su nieta, María Tudor, nunca se acercaba á comulgar sino revestida de toda la pompa y esplendor de Reina de Inglaterra.

Hizo D.<sup>a</sup> Isabel sentar á Fray Francisco en aquella silla famosa del Gran Cardenal, y hablóle primero de asuntos indiferentes; mas tomando luego de sobre la mesa las Bulas del Papa, alargóselas, diciendo:

—Mirad ahora, padre mío, lo que el Papa os escribe.

Tomólas Fray Francisco sin sospechar nada todavía y besólas con gran respeto y púsolas sobre su cabeza, según costumbre de los moros, muy admitida entonces entre los cristianos, en señal de suprema reverencia.

Mas al fijarse en el encabezamiento de la Bula, *Alejandro, Obispo, siervo de los siervos de Dios, á nuestro venerable hermano Fray Francisco, electo Arzobispo de Toledo*. La cortina se descorrió de repente ante

sus ojos y vió claro el piadoso lazo en que había caído...

Con los labios blancos y trémulas las manos devolvió prontamente las Bulas á la Reina sin leer más, diciendo:

—Errasteis, señora... Estas letras no son para mí, sino para el Arzobispo de Toledo.

La Reina, al verle tan agitado, le replicó:

—Pues permitidme al menos, padre mío, que vea yo lo que le escribe el Santo Padre.

Mas Fray Francisco, saludando profundamente, salióse precipitadamente de la cámara, temeroso de no poder dominar las extrañas y encontradas emociones que invadieron de repente su ánimo.

Esperábase la Reina algo de esto, y complaciéndose en ello, dejóle ir libremente, no juzgando oportuno insistir entonces, sino esperar más bien, para hacerlo, á que se sosegase su espíritu. Fuése, pues, á la adoración de la Cruz con el Rey y toda la Corte, y concluída la ceremonia llamó al mayordomo mayor del Rey, D. Enrique Enríquez, y á D. Álvaro de Portugal, presidente de Castilla, y á Gutierre de Cárdenas, gran comendador de León, y mandóles ir al punto al convento de Fray Fran-

cisco y decir á éste de su parte que la perdonase el mal rato que le había dado por la mañana, pero que su nombramiento de Arzobispo de Toledo había sido el último consejo del cardenal Mendoza, y que recordase la frase que él mismo le había dicho días antes, hablando de este asunto: *Que el voto del Cardenal debía tenerse en cuenta aun después de muerto, por ser de tan señalada persona.*

Encargóles también que por su propia cuenta de ellos le ponderasen el disgusto con que ella quedaba y la satisfacción tan grande que le daría aceptando la Mitra de Toledo y obedeciendo así al último consejo del Gran Cardenal.

Dirigiéronse, pues, al convento los tres personajes, deseosos de servir á la Reina, pero dijéronles en la portería que Fray Francisco había salido para Ocaña con su compañero dos horas antes.

Propuso entonces Gutierre de Cárdenas tomar postas en un corral de ellas que tras del convento había y seguir por el camino de Ocaña, hasta darles alcance.

Había llegado, en efecto, Fray Francisco al convento con el rostro todavía inmutado, pero libre ya su ánimo de toda pertur-

bación y de la irracional é injusta cólera contra la Reina que en el primer momento le había invadido, y de la cual avergonzabase entonces y dolíase.

Esperábale en la portería su compañero Fray Ruiz, y tenía allí mismo preparadas en una escudilla de barro las yerbas cocidas que antes de salir le encargara. Mas Fray Francisco, sin detenerse á tomarlas, dijo apresuradamente á su compañero:

—Hermano, tomad vuestro báculo y salgamos de aquí cuanto antes...

Y sin más razones, púsose en camino, recitando en alta vez el *Itinerarium Clericorum*, conforme se rezaba entonces, mucho más complicado que ahora: *In viam pacis...*

Media legua más allá de Madrid topáronse con otro fraile franciscano, que se dirigía también á Ocaña. Hízole Fray Francisco incorporarse á ellos, bien fuese porque con su presencia evitaría preguntas importunas de su compañero, bien porque quisiera, como Provincial, imponer la regla de su Orden, que no permitía á ningún fraile caminar solo sino en caso de absoluta imposibilidad ó de extraordinaria urgencia.

Caminaban tan de prisa los tres religio-

sos, que no lograron alcanzarles los que les seguían hasta mucho más allá de Pinto, cuando comenzaban á bordear el espeso bosque de encinas que en lo antiguo allí había.

Oyó Fray Ruiz el primero los pasos de las caballerías, y como iba inquieto por aquella marcha precipitada y las muestras de turbación que en Fray Francisco observara, volvió al punto la cabeza. Vió entonces á los tres caballeros que, escoltados por otros tres mozos de espuela, llegábanles ya al alcance, y como conociese desde luego á Gutierre de Cárdenas, advirtiéndolo presuroso á Fray Francisco muy por lo bajo, creyendo causarle grande efecto.

Mas impávido éste, limitóse á arrimarse al borde del camino, para dejar franca á los jinetes la estrecha vereda.

Saludaron éstos respetuosamente á los frailes, y apeándose el primero el Mayordomo Mayor, dijo á Fray Francisco, á guisa de donaire, que en pos de él venían como tras ligera liebre galgo corredor.

Internóse entonces Fray Francisco con los tres caballeros en el bosque, como á un tiro de piedra del camino, y allí, bajo las copudas encinas y al abrigo de indiscretas

orejas, hablaron los tres magnates, cada cual según su carácter.

El Presidente de Castilla, grave, ampuloso y finchado, como su misma persona, y, verdaderamente elocuente, quiso convenecerle, con hermosas parrafadas, de la obligación que tenía de obedecer á la Reina y deslumbrarle con la pintura del porvenir de riqueza y esplendor que le aguardaba en tan elevado puesto.

El Mayordomo Mayor, por su parte, hombre frío, malicioso é incapaz de comprender que se pudiese preferir un sayal burdo y remendado á los capisayos de seda del Arzobispo de Toledo, trataba de buscar una razón interesada y maliciosa que explicase lo que él juzgaba sospechosa resistencia del fraile, y no encontrándola, revolvíase contra él, intimándole con altanería, por todo argumento, la necesidad que tenía de obedecer á tan gran Reina, siendo él un mísero Fray Francisco.

Sólo Gutierre de Cárdenas basó su argumento en el voto del gran cardenal Mendoza, deduciendo de aquí el bien inmenso que podía reportar á todo el Reino, desde puesto tan alto, hombre de tan profundo saber y austera virtud como Fray Francisco.

Era Cárdenas hombre rudo y sin letras, pero leal y franco, buen caballero, de corazón grande y tierno y entusiasta admirador de las virtudes de Fray Francisco. Háblóle, por lo tanto, con reverencia y con cariño, y apartándose luego un trecho quedóse contemplando con lágrimas de enterrecimiento en los ojos la seca y austera figura y los pies descalzos del fraile, que con tan heroica humildad hollaba la Mitra más poderosa del mundo.

Callaba, pues, y oía los elocuentes períodos del Presidente y las apremiantes razones del Mayordomo; mas cuando irritado éste por la inflexible resistencia de Fray Francisco llegó á amenazarle y á intentar volverle por fuerza á Madrid, llegóse á él, y apartándole bruscamente por un brazo, le dijo:

—Callad, don Enrique, y dejadle hacer, que los santos saben bien lo que se hacen...

Y arrojándose á los pies de Fray Francisco, por un espontáneo movimiento del corazón, asíóle de las manos violentamente, y brusco y como de mal humor, le dijo:

—Besaros he las manos, aunque os pese, señor y padre mío... Si sois Arzobispo, por Arzobispo; y si no lo sois, por santo...



### VIII

JAMÁS, dice un historiador, se vió llevado á más alto punto por parte de un sujeto el *nolo episcopare* (no quiero ser Obispo), y nunca por parte de un soberano y de un Pontífice se cumplió mejor y con más provecho de la Iglesia el *no lentibus detur* (dese á los que no lo quieren).

Seis meses duró la contienda entre la Reina y Fray Francisco; firme siempre éste en su negativa y firme aquélla también en su propósito y tocando todos los resortes que para lograrlo eran posibles. Hasta que desesperanzada ya de lograrlo por medios más suaves, decidióse al cabo á solicitar del Papa una nueva bula en que le ordenase á Fray Francisco, en virtud de santa obediencia y bajo pena de censuras, que aceptara sin excusas ni dilación la Mitra de Toledo.



Vino en ello el Papa muy gustoso y envió con presteza á la Reina una bula tal cual la deseaba; recibíola la Reina en Burgos, donde se hallaba con el Rey y toda la corte, y envióle al punto un mensaje á Fray Francisco mandándole venir allí con la mayor urgencia.

Era el mensaje seco y autoritario y como previniendo cualquiera excusa ó tardanza; obedeció Fray Francisco sin replicar, y á los tres días presentóse en Burgos, habiendo hecho el viaje desde Ocaña á pie, descalzo y pidiendo limosna, como tenía por costumbre.

Recibióronle juntos el Rey y la Reina, sentados bajo dosel, como Reyes, dándole á entender con aquel aparato inusitado que estaban dispuestos á sostener con su autoridad real la bula del Papa.

Oyóla leer Fray Francisco con mucha modestia y compostura, y bajando humildemente la cabeza, oyósele murmurar:

—*¡Fiat! ¡Fiat!*

Y dirigiéndose luego á los Reyes, díjoles que presto estaba á obedecer lo que el Papa decía y ellos mandaban, porque irracional sería el hombre que no viese la voluntad divina en lo que así venía ordenado por

las dos más altas y legítimas potestades de la tierra.

Y nunca jamás salió de sus labios queja, ni lamento, ni protesta, ni censura contra la carga inmensa que tan en contra de su voluntad echaban sobre sus hombros.

Mentira pareció á la Reina haber logrado sus deseos, y para más afianzarlos quiso apresurar la consagración del nuevo Arzobispo. Pero como imposible le era permanecer más tiempo en Burgos, por ser necesaria su presencia en Tarazona, invitó á seguirla á Fray Francisco, para que en este lugar se verificase el acto.

Hízose allí, en efecto, con grande pompa y aparato, y el día 11 de Octubre de 1495 quedó consagrado, en el convento de San Francisco, de Tarazona, Arzobispo de Toledo y Primado de España, Fray Francisco Ximénez de Cisneros. Asistieron los Reyes á la ceremonia con todos los Grandes de la corte, y al terminar ésta acercóse Fray Francisco á los Reyes para besarles la mano, como era costumbre, y dióles también las gracias, según dijo, no por haberle elevado á la Silla de Toledo, sino por la protección que esperaba de ellos para des-

empeñar conforme á conciencia tan espinoso cargo.

En nada varió, sin embargo, con su nueva dignidad el aspecto exterior de Fray Francisco, y siguió vistiendo su hábito de paño burdo ceñido con una cuerda de cáñamo y calzando unas alpargatas de esparto cuando no llevaba los pies completamente desnudos; sólo denunciaba en su persona al Arzobispo Primado de España un sencillo pectoral de oro sin piedras ni labor alguna que le había regalado la Reina, y que, pendiente de un cordón negro, sobre el pecho llevaba.

Mas bajo aquel hábito pardo no dejó de manifestarse desde el primer momento, en toda su fortaleza, el caritativo pastor de sus ovejas, valiente defensor de los intereses del pobre y el inflexible Príncipe de la Iglesia, cuyos derechos sostenía con tal tesón y enérgica entereza, que los émulos y contrarios por sistema á todo lo que es noble y grande no dudaron en calificar de diabólica soberbia.

Había cundido, entre los cortesanos incapaces de admirar lo que no saben comprender y de interpretar bien lo que pueden interpretar mal, la voz de que el em-

peño decidido de los Reyes de elevar á la Silla de Toledo á un obscuro fraile y no á un gran señor, como era el cardenal Mendoza ó lo había sido D. Alonso Carrillo, era porque juzgando que un pobre fraile no necesitaría gastar tanto como un gran señor, esperaban ellos aprovecharse de las pingües rentas de la Mitra de Toledo para atender con desahogo á ciertos gastos del erario.

Llegaron estas voces á oídos de Fray Francisco, y aunque nunca creyó ni por un momento en la Reina tan bajo cálculo, quiso, sin embargo, como suele decirse, curarse en salud, y hacer constar desde luego cuáles habían de ser sus intenciones.

Fuése, pues, á ver á los Reyes, y descubrióles los rumores que corrían, manifestándoles al mismo tiempo con tranquila y sosegada entereza, que ni un solo maravedí se distraería con su consentimiento de las rentas de la Mitra de Toledo, pues que aquellas rentas eran de los pobres y de la Iglesia, y él, como mero administrador suyo, debía conservárselas y administrárselas fielmente.

Los Reyes, que realmente no habían pensado en semejante cosa, pues todos

aquellos rumores nacían de intrigas y chismes del mayordomo mayor, D. Enrique Enríquez, diéronle toda clase de seguridades, y retiróse Fray Francisco tranquilo y satisfecho.

Otro incidente ruidoso vino á revelar en aquellos primeros momentos á la Corte entera la absoluta y rígida independenciam que había de desplegar el nuevo Arzobispo en su gobierno.

Era el Adelantamiento de Cazorla el cargo de más honra y utilidad que caía bajo la jurisdicción de los Arzobispos de Toledo, por comprender muchas ciudades y villas de gran importancia, ganadas á los moros por el arzobispo D. Rodrigo Ximénez de Rada, y cedidas por San Fernando á la Iglesia de Toledo en 1231.

Había nombrado el Cardenal Mendoza Adelantado de Cazorla á su hermano don Pedro, y enterado este buen caballero de que Fray Francisco andaba ya removiendo los Alcaldes, Justicias y Gobernadores de sus fortalezas, villas y ciudades, suplicó á sus deudos que, validos de su privanza con la Reina, le alcanzasen de ésta una recomendación para que el nuevo Arzobispo le conservase en su alto puesto.

Hiciéronlo de muy buen grado los Mendoza, y como la Reina conocía la honradez de D. Pedro, que era ya el último de los hermanos del Cardenal, y sabía por otra parte lo mucho que consideraba Fray Francisco á toda esta ilustre familia, no vaciló un momento en autorizarles para que fuesen á ver al Arzobispo y le manifestasen de su parte el gusto con que vería conservado en el puesto de Adelantado de Cazorla á D. Pedro Hurtado de Mendoza.

Recibióles Fray Francisco con la más respetuosa benignidad; mas no bien le apuntaron la embajada de la Reina, trocáronse al punto su tono y sus maneras, y con severa gravedad atajóles la palabra, diciendo que inútil era hablarle de eso, porque ni la Reina ni nadie influiría nunca en cosa que sólo á él tocaba resolver, según dictamen de su conciencia.

Ofendiéronse los Mendozas con esta respuesta y corrieron alborotados á dar sus quejas á la Reina, pretendiendo irritarla también contra Fray Francisco.

Mas ésta, que conocía harto la integerrima severidad de su confesor, no se extrañó del caso ni se irritó tampoco; lo cual fué causa de que, despechados los Mendozas,

salieran publicando por todas partes lo que ellos llamaban soberbia é ingratitud del Arzobispo, que así menospreciaba la autoridad de la Reina y la memoria del cardenal Mendoza, á quien todo lo debía.

Mas de allí á poco encontróse por acaso Fray Francisco con D. Pedro de Mendoza en una sala de paso de Palacio, donde esperaban muchos cortesanos, y como viese que D. Pedro se escabullía entre ellos, por no hacerle el saludo, díjole en alta voz:

—Adelantado de Cazorla, llegaos acá, si os place.

Y tomándole un poco aparte, díjole de modo que todos le oyesen que jamás había pensado en removerle de su puesto, porque estaba harto satisfecho de su honradez y su prudencia; que si había desoído á sus parientes era porque no quiso que se atribuyese á favor de la Reina lo que debía hacerse por estricta justicia, y que esperaba que el Adelantado de Cazorla sería tan fiel y leal á su persona como lo había sido para la de su hermano el gran cardenal Mendoza.

Quedó D. Pedro y quedaron sus parientes muy satisfechos con esto, y todos á una voz proclamaron entonces la prudencia y

la firme lealtad del nuevo arzobispo Cisneros.

Quiso Fray Francisco, luego de consagrarse, marchar á Toledo á tomar posesión de su Iglesia; mas retúvole la Reina á su lado por prepararse graves sucesos en que debía él, como Arzobispo de Toledo, tomar parte.

Ansioso, sin embargo, de ganar tiempo para el desarrollo del plan de reforma que para el clero proyectaba, escribió á Toledo mandando construir en el claustro alto de la Catedral habitaciones cómodas, espaciosas y autorizadas, como para albergar á personas de gran distinción...

La noticia cayó como una bomba en el Cabildo, sembrando entre los Canónigos la alarma más profunda; sospecharon éstos al punto que el nuevo Arzobispo quería comenzar por ellos la reforma del clero secular, como había comenzado y llevaba ya casi vencida la del regular, por los franciscanos, que eran también los suyos, y que el primer paso de la reforma era reducirlos é imponerles la vida de comunidad en aquellas habitaciones mandadas construir en el claustro alto.

Alborotáronse todos y comenzaron las

cábalas, los conciliábulos y los chismes; porque aunque no había entonces entre ellos ninguno verdaderamente escandaloso, eran todos, aun los más doctos y virtuosos, hombres principales, muy pagados de su dignidad, que hacían vida independiente y regalona, capaces de toda obra buena, menos las de abnegación y sacrificio propio.

Levantó desde luego el estandarte de la rebelión el canónigo D. Alonso de Albornoz, hombre de gran linaje, intrigante y turbulento, y en una junta que tuvo el Cabildo, á petición suya, tomóse el acuerdo de enviar á Tarazona una comisión de Canónigos con el pretexto de felicitar al nuevo Arzobispo, y encargados al mismo tiempo de sondear hábilmente el ánimo de éste en todo lo relativo á la reforma.

Debía también aquella comisión llevar al Arzobispo, para mayor disimulo, la magnífica cruz pastoral del cardenal Mendoza, que al morir éste había legado en su testamento á los Arzobispos de Toledo, recomendándoles que la llevasen siempre ante sí por campos y ciudades, como recuerdo de la mayor victoria que habían alcanzado los Reyes Católicos.

La historia de esta famosa cruz es la siguiente:

Tenían costumbre los Reyes Católicos de izar en las murallas de toda ciudad ó fortaleza que conquistaban tres estandartes. Enarbolábase el primero, en la torre más alta, el de la Santa Cruz, y no bien aparecía tremolando en los aires, caía de rodillas todo el Ejército con los Reyes mismos, y los Grandes, Prelados y Capitanes, y todos á una voz entonaban los himnos y oraciones que tiene la Iglesia para estos casos: *Ave Cruz!*...

Izábase después en otra torre más baja el pendón de Santiago, patrón de España, y á su vista formaban los soldados en batalla, y al son de trompetas, clarines y atabales repetían en acción de gracias aquel grito de guerra que tantas veces llevó á los españoles á la victoria: «¡Santiago!... ¡Santiago!... ¡Santiago!...»

Aparecía, por último, en otro lugar más bajo el pendón de Castilla con las armas reales bordadas, y entonces se rendía homenaje á los Reyes, gritando todos con igual entusiasmo: «¡Castilla!... ¡Castilla!... ¡Por el rey D. Fernando y la reina doña Isabel!...»

Pues sucedió que en la toma de Granada pidió á los Reyes el cardenal Mendoza que en vez del estandarte de la Cruz se izara en la torre más alta de la Alhambra su propia Cruz pastoral, que era de gran tamaño, de plata ricamente cincelada; hízose, en efecto, y esta Cruz fué la que recibió las adoraciones y las acciones de gracias de aquellos valientes que, tras ocho siglos de lucha, lograban al fin expulsar á los moros de España, en memoria de lo cual llevó siempre esta Cruz por delante el cardenal Mendoza y la legó con igual objeto á sus sucesores, siendo fielmente obedecido por Cisneros desde el momento en que la entregó en sus manos aquella comisión del Cabildo de Toledo que fué á visitarle á Tarazona.

Formaban esta comisión varios Canónigos, y entre ellos venía el intrigante y revoltoso D. Alonso de Albornoz: era éste un viejecito chico, regordete, muy locuaz, y con los bracitos tan cortos, que apenas le permitían cruzar las manos sobre el abdomen, lo cual hacía más visible su hábito inveterado de sobarse las manos una con otra mientras hablaba.

Recibió el Arzobispo á los comisionados

con la mayor benignidad posible; agasajóles cuanto pudo en los dos primeros días, y al tercero hízoles una amistosa plática en que, con muy santas y espirituales razones, les manifestó su pensamiento.

Díjoles que tenía el de reformar todas las iglesias de su diócesis, y que, como era natural y lógico, debía comenzar esta reforma, para dar ejemplo, por la primera y más principal de todas ellas, que era la de Toledo; que había pensado que una de las cosas que causarían mejor impresión y más gran efecto en el Clero parroquial sería que el ilustre y poderoso Cabildo de Toledo renunciase á su vida independiente y ostentosa, y se redujese á la de comunidad, bajo la regla de San Agustín, que había profesado en los antiguos tiempos, y que si esto les pareciese demasiado, lo hicieran, á lo menos por turno, aquellos Canónigos que estuvieran de semana en la Catedral, para poder así atender con más recogimiento, devoción y puntualidad al servicio del templo; pero que ni aun esto siquiera era su ánimo mandarlo ni imponerlo, sino solamente proponerlo, y que les suplicaba, por lo tanto, que ellos llevaran la propuesta al Cabildo de Toledo, y que

le enviasen á decir cuál fuese su espontánea respuesta...

Alargáronse las caras de los Canónigos al oír al Arzobispo; mas eran tan lógicas y santas sus razones y con tanta moderación, modestia y comedimiento las expuso, que algunos de ellos aceptáronlas interiormente.

Encargóse, sin embargo, de apartarles de su buen propósito el canónigo Albornoz; porque no bien salieron de la presencia del Arzobispo, comenzó á charlar y á gesticular y á sobarse las manos, diciendo que menguado sería el hombre que fuese en la moderación de aquel taimado fraile, cuya austeridad y dureza eran de todos conocidas, porque aquel comenzar con palabritas suaves había de rematar, seguramente, en convertir al ilustre y poderoso Cabildo de Toledo en un Capítulo de Franciscanos descalzos.

En este estado de ánimo, llegaron los comisionados á Toledo de vuelta de Tarazona, y como chispas de fuego en un cañaveral seco, propagaron al punto entre el resto del Cabildo la alarma y la desconfianza.

Bullía más que ningún otro el canónigo

Albornoz, yendo y viniendo de la casa del uno á la casa del otro, y como lanzadera que teje una tela de chismes, animaba á unos, enardecía á otros y exaltábalos á todos, hasta alcanzar al fin lo que él deseaba.

Por instigación suya reuniéronse la mayor parte de los Capitulares en verdadero conciliábulo secreto, y allí tomaron el acuerdo clandestino de enviar á Roma, con fingido pretexto, al canónigo Albornoz, para protestar ante el Papa de los *desafueros y atropellos del Arzobispo contra el ilustrísimo Cabildo de Toledo*.

¡Así acogían la sencilla y comedida súplica del Arzobispo, y de manera tan injusta y tan violenta pretendían ahogar antes de nacer su santo pensamiento!

Mas eran los bracitos del canónigo Albornoz hartos cortos para detener la férrea mano de Cisneros, ni se intimidaba éste ante las previsoras iras de un Cabildo rebelde. Por otra parte, charlaba demasiado el canónigo Albornoz, para que pudiese quedar oculto el complot que maquinaban, y enteradas á tiempo varias personas sensatas y piadosas, apresuráronse á ponerlo en conocimiento del Arzobispo.

Vió éste al punto la necesidad absoluta en que estaba de salir al encuentro de aquella rebelión prematura y necia y ahogarla con mano fuerte antes de nacer, si no quería verla propagarse, robustecerse y dar frutos amargos y desastrosos.

Fuése, por lo tanto, á la Reina, enteróla de cuanto sucedía, y con la enérgica actividad característica de ambos, resolvieron el asunto.

Enviaron en el acto dos capitanes de toda confianza al punto en que debía embarcarse el canónigo Albornoz, con orden de prenderle y llevarle á la fortaleza de Alcalá de Henares, que era lugar de los Arzobispos de Toledo, y fué muy en breve el gran teatro de las glorias de Fray Francisco.

En el caso de que el Canónigo se hubiese ya dado á la vela, debían los capitanes armar al punto una galera y seguirle, y si posible fuera, adelantarle, á fin de llegar antes que él á Roma, y entregar al embajador allí, Garcilaso de la Vega, unos despachos urgentísimos de la Reina, en que iban sus instrucciones.

Así sucedió en efecto: diez y seis horas llevaba ya en el mar el canónigo Albornoz,

navegando hacia Ostia, cuando los dos capitanes llegaron á Valencia, donde se había embarcado. Siguiéronle éstos en una galera de la Reina, con tan buena fortuna de vientos y tanto esfuerzo de remos, que llegaron á Roma veinticuatro horas antes de que el Canónigo desembarcase en Ostia.

Acompañábanle un clérigo Capellán y dos criados, y su sorpresa fué inmensa al encontrarse al pie del desembarcadero al embajador de la Reina en persona, Garcilaso de la Vega, que le estaba aguardando con alguna gente de su casa.

Tranquilizóle éste con algunas de esas suaves mentiras que constituyen el gran arsenal de la diplomacia, y condújole á su posada por la margen izquierda del Tíber, recorriendo las tres leguas que separan á Ostia de Roma en cómodas caballerías que tenía preparadas al efecto.

Convidó á comer el Embajador al Canónigo, y no bien levantaron los manteles, intimóle la orden de la Reina contenida en los despachos traídos por los Capitanes.

Mandábase en éstos á Garcilaso de la Vega apoderarse de la persona del canónigo.



nigo Albornoz, en cuanto desembarcase en Ostia, y sin permitirle á él ni á ninguno de su séquito comunicar con nadie en Roma, volverle á embarcar inmediatamente para España, bien custodiado y atendido en la misma galera que había llevado á los dos Capitanes...

La sorpresa y el espanto del Canónigo, y lo corto de sus bracitos, no le permitieron llevarse las manos á la cabeza!...

Dos días los retuvo aún Garcilaso en la Embajada, para que descansasen de las fatigas del viaje, agasajándoles y divirtiéndoles mucho, pero sin permitirles salir á la calle, y teniéndoles siempre centinelas de vista.

Embarcóles, al fin, al tercer día, custodiados por los Capitanes, como reos de Estado, y al arribar á Valencia encerraron al Canónigo y á su Capellán en un castillo y pusieron en libertad á los dos criados.

Trasladáronles después á la fortaleza de Alcalá de Henares, y allí le formaron proceso al Canónigo, resultando probado su delito, así por confesión propia como por los papeles que se le ocuparon.

Condenáronle entonces á diez y ocho meses de prisión, más por escarmiento pú-

blico que por mortificarle á él mismo, y cumplióslos en la cárcel de Alcalá harto benignamente, pues aunque siempre tuvo centinelas de vista, nunca se le privó de pasear, charlar, gesticular ni sobarse las manos.

